

La mejor experiencia

Escribe: **HECTOR ROJAS HERAZO**

He conocido personas obsesivamente apasionadas por toda clase de conocimiento científico —son eruditos, por ejemplo, en los sistemas de nutrición o en las más insospechadas enfermedades del trópico o en el anecdotario de remotísimas civilizaciones— que, sin embargo, no manifiestan el menor interés por el conocimiento directo e inmediato del hombre, del hombre con quien hablan, discuten y se saludan todos los días. Esta materia de estudio (la más funcional y aprovechable, pues se revierte esclarecedoramente sobre el propio estudiante) los deja indiferentes. Como también los deja indiferentes el avance de los instrumentos con que se ha purificado ese conocimiento. El cine y la novela, para tales personas, no son otra cosa que pasatiempos. Una película de Fellini, de Bergman o de Antonioni —donde con una lentitud, llena de pasión y sabiduría, se desmenuza el suplicio del tiempo, se nos habla del secreto trabajo de la emoción para purificar el gesto y se pone en evidencia el misterio de los objetos cuando son asumidos por la unidad en la visión— resulta, para tales personas, un manierismo, un complejo escénico sin otro valor que el puramente formal.

Igual les ocurre con la novela. El paciente trabajo de amor, de angustiada iluminación por la palabra, de un Durrell o de un Miller, pasa por ellos como la luz por el cristal. Lo grave de todo esto es que, al empecinarse en tal tipo de negación, son ellos los que se niegan a sí mismos como realidad, como conciencia, como asunto de máximo interés en el horizonte del espíritu. La única cosa que interesa al hombre —¿habrá que repetirlo?— es el hombre mismo. Y mientras más avanzamos en su interior mayor significado y más dramáticos registros le encontramos al mundo. Una vida cualquiera —la de un camionero de Kansas o la de un arponero del Caribe o la de un cauchero de los siringales amazónicos— pasa a convertirse en referencia universal, en asunto de cada hombre en particular, si su anécdota ha sido minuciosamente trascendida por la vigilia de un gran observador. El pescador de *El viejo y el mar*, por ejemplo, deja de ser, a medida que avanza la narración, el protagonista de un suceso anodino. El amor de la palabra hemidgweyana va cubriendo cada uno de sus instantes, registrando cada plano de su soliloquio, cada sonido del elemento que lo cir-

cunda, cada nota en el crescendo de su gozo al capturar el gran pez y de su batalla posterior con los tiburones. Llega un instante en que el viejo, impelido por el frenesí de la victoria, se convierte en un guerrero homérico. Ya no está luchando contra los feroces escualos. Lucha, cuerpo a cuerpo, con el fatalismo, con los hados, con el propio destino. Su agotamiento y su final caída tienen una majestad y una tristeza aquilinas. Y todo ese cúmulo de sensaciones las ha logrado Hemingway con una palabra simple, directa, esquemática. Manteniendo fría la pupila y la habilidad estilística, mientras acompaña y compadece a todo el hombre, a toda la especie, a través de su criatura.

¿Qué nos queda de ese relato? Nos queda, entre muchas otras, la lección de que toda realidad es trascendente y que de cualquier actividad humana, por humilde que ella sea en apariencia, parten grandes líneas que, al ser dibujadas en plenitud, pueden conducirnos, indistintamente, a la aberración, a la santidad o al heroísmo. En un campesino tolimense, palúdico y endeble, puede encerrarse un atrida. La violencia, esa violencia que aún no ha sido capturada por nuestra novela, tiene, al respecto, modelos escalofriantes.

Por eso jamás resultará ni redundante ni obvio repetir que solo en el conocimiento del hombre —en su conocimiento agónico, jadeante, contaminado de la grandeza y la servidumbre de vivir— encontraremos la razón de ser, el verdadero sentido de la cultura. El estudio de un gran novelista, Balzac por ejemplo, nos capacita, mejor que ninguna otra forma de investigación

histórica, para entender —y aun justificar— el orgullo que, en un instante determinado, tuvo la sociedad occidental por las ceremonias, los ocultos terrores y los tenaces objetivos de su conciencia burguesa. Pero asimismo encontramos, y he aquí otro premio sorpresivo, que el conocimiento erudito —aquel que termina haciendo las delicias del sociólogo, el botánico y el psicoanalista, al final de un tormentoso sendero investigativo— está más lozano y viviente, palpitando sin ningún esfuerzo, en las entrañas de una gran novela. A la postre sabemos más de Alemania —de sus costumbres, de sus plantas, de sus endemias y de los furores ancestrales que han informado su ánima guerrera —leyendo *La montaña mágica* o *El doctor Fausto*, de Mann, que después de leer muchos tratados de geopolítica o de simple historia de esa nación.

Y lo que ocurre con la novela y el cine, que hoy por hoy son el refugio más puro de la poesía, ocurre también con la pintura y la música. Algún crítico, creo que Berengson, nos hacía caer en la cuenta de que en muchos de los cuadros de Leonardo podíamos, de afinar un poco la atención, hacer un estudio completo de la flora toscana. En todo caso, la cultura no está hecha de muertas acumulaciones ni de hurtos periódicos a enciclopedias y diccionarios. La cultura, para serlo de verdad, tiene que ser una experiencia. Algo personal como la amistad, como la enfermedad o como el placer. Es la única forma de entendernos y de entender a los otros. Porque el mundo se enriquece —ya no es el mismo— después de leer un bello libro, ver una gran película o escuchar una sinfonía o un gran poema.